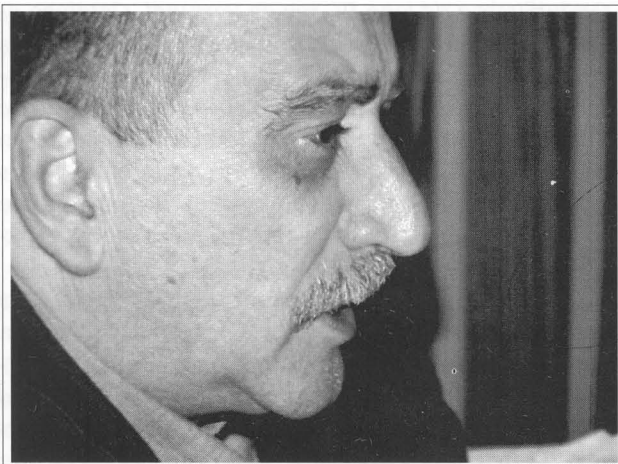


(Viene de página 7) que ya se lo está poniendo bajo el brazo y se lo lleva para siempre. Por lo dicho, verás que mi librería ahora es caótica y fruto de esa mezcla de mezquindad y generosidad que te he contado. De la mayoría de los autores tengo las novelas que no me han gustado demasiado y me faltan las dos o tres que me entusiasmaron. Por ejemplo, ahora que me acuerdo, los *Campos*, *El laberinto mágico*, de Max Aub, los seis tomos, creo que son seis, ¿no? se lo dejé a un amigo en Extremadura, poco antes de irme a vivir a Alicante. ¿Crees que los volveré a ver jamás? Y todo porque él no había leído nada de Aub, y yo le dije, eso no puede ser, si es el mejor, si tal y tal y tal. Bueno, pues los *Campos* ya no están en mi biblioteca, ni las memorias de Corpus Barga, ni *La balada del café triste*, de Carson McCullers, ni *Nuestros Antepasados* de Calvino, ni *Si te dicen que caí* de Marsé, ¿qué biblioteca es esa?, te preguntarás. ¿Qué fue de aquel niño que acariciaba los libros y los cuidaba tanto? Bueno, pues aquel niño ya era un tonto al que, seguramente por presumir, no le importaba dejar sus libros y luego lloraba porque no se los devolvían o se los devolvían con la cubierta rota. Es difícil tener una buena biblioteca y no ser mezquino. Es difícil



tener algo y no ser mezquino. Beberte a solas el whisky, poner el jamón malo a los invitados y guardarte el ibérico para cuando estás solo.

—¿Cuál sería la función social de un escritor? ¿Algún compromiso con la sociedad?

—La función de la literatura es el conocimiento. Conocer cosas que sólo a través de las novelas se conocen. Los médicos conocen medicina, los psicólogos psicología, los mecánicos determinados aspectos de la mecánica. Pero hay algo, una visión de conjunto de la sociedad, que sólo la novela aporta. Al menos, yo lo creo así, y por eso escribo. Y ese es el compromiso. Luego, pues está claro que ves el mundo desde un sitio, arriba, abajo, de un lado, de otro, y que, en función de eso, tus libros son así o asá, y están más con los de arriba que con los de abajo, o la viceversa. Pero un libro que enseña, aunque esté con el poder, es un buen libro, claro que es difícil un buen libro que descubra los mecanismos del poder desde el poder, porque al poder descubrirle los mecanismos, es tocarle los huevos, y eso no le gusta. Yo no creo en las ideologías como proyecto sobre una novela. Yo creo que si vives de una manera escribes de una manera, que si tus simpatías están con esa forma de ver el mundo

en vez de con la otra, eso se notará aunque tú no quieras. Te dicen: “*usted ha querido reflejar esto y esto*”, y no es verdad. Yo me he puesto ante un papel en blanco, y, tres meses después, he empezado a tener algunos folios y luego algunos más, y luego algunos menos porque he tirado unos cuantos. Y lo único que quiero es no hacerme trampas ni hacerle trampas al libro, y huyendo de una cosa y de otra, en cuanto me doy cuenta estoy contando otra, el camino que pasa entre las trampas, y cuando termino de escribir el libro me entero de lo que trata. Lo leo y digo, coño, pero si he contado esto, y no me estaba dando cuenta. Así es al menos mi proceso. Yo lo digo, no soy novelista de mapa, sino de brújula. Tengo la sensación de que si supiera como va a acabar la novela que estoy empezando, con qué personajes me voy a encontrar, y qué van a hacer, no la escribiría. Escribo para descubrir qué es eso que me inquieta y que no sé.

—¿Cómo se puede valorar la colonización editorial de los periódicos?

—Como mafias, grupos de poder, manipuladores, ¿o no? Ellos lo llaman, con un poco cinismo, “*sinergia*”. O sea, que la clave de un multimedia es que publicas un libro y bombardeas al cliente por prensa escrita, radio y televisión, o sea, por tierra mar y aire, y luego haces una película, y vuelves a bombardearlo, que si penélope ha dicho, que si javier va, que si antonio vuelve, que si has leído lo de maruja, que si tal y que si cual, y el escritor como la Virgen de Lourdes, con la mirada perdida, fingiendo no enterarse de nada. Escribiendo cosas elevadas, nobles, ajeno a tanto mundanal ruido. El más rico de España sentado en el brazo de tu butaca, y tú no te das cuenta, porque eres escritor y estás a otra cosa. Je. Claro que, fuera de eso, si te sales de ese tinglado, no eres nada, o casi nada, y no digo lo que eres, si no sólo te sales sino que te enfrentas. Mejor no hacerlo, así que no vamos a seguir hablando de eso en la entrevista. Deja, deja. Pero tampoco está tan mal ser casi nada. No ser nada, sí, eso es jodidísimo, pero no ser casi nada está bien. Te deja tranquilo, libre, puedes hacer tu vida, y, además, la influencia de los libros es complicada, lateral, a largo plazo. Tú dedícate a hacer buenos libros, y lo demás ya vendrá por su pie, a no ser que venga un terremoto y entierre los tres ejemplares de tu obra. Cuando Martín Santos escribió *Tiempo de silencio*, y a nadie le interesaba ni un pimiento eso que estaba haciendo, Gironella vendía miles y miles y miles de ejemplares de *Los cipreses creen en Dios*, te acuerdas, ¿no? Y se pavoneaba, y no eras nadie en sociedad si no te habías leído *los cipreses*. Bueno, pues pasó el tiempo, y ahora debes ser de los pocos que te acuerdas de eso, porque ya nadie sabe quién es, era o fue Gironella. La literatura es así. Puedes tener un grupo multimedia y atontar a la gente tres meses con un libro, pero no puedes atontarla treinta años seguidos, entre otras cosas, porque por muy propietario de multimedia que seas, te vas a morir como los demás. Y ahí estará el libro de Martín Santos. Eso es lo que les atrae a los poderosos de los libros y también lo que les jode, por eso quieren comprar el alma de los novelistas. Todo jefe de gobierno, todo gran empresario que se precie quiere comprar el alma de los artistas, la inmortalidad que dicen ellos, como si fuera posible ser rico, poderoso e inmortal al mismo tiempo: tontos, eso es lo que son, unos tontos.

Una entrevista de Gabriel Argumánz
Fotografías: Pablo T. Guerrero